

PRÓXIMO NÚMERO:
EXTRAORDINARIO
Sábado, 27 de Junio

La preciosa producción de
gran intensidad dramática

LA GOTA DE SANGRE

Creación de la gran trágica francesa
ANDRÉE LIONEL

EDICIÓN «LES FILMS DE FRANCE»
Gran exclusiva de JULIO CÉSAR, S. A.

EMOCIÓN — INTERÉS — VERISMO

Lujosa presentación - Portada a bi-olor

64 páginas 20 fotografías

Postal - fotografía - regalo: CLYDE COOK

Precio excepcional: 50 céntimos

No deje usted de comprar el mismo sábado, día 27
del corriente, este precioso número extraordinario.

C. VERDUGUER MORENA - TORRE, 14 - BARCELONA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 159

25 cts.



EL AVENTURERO

POR JEAN ANGELO
Filmoteca
de Catalunya.

65

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 159

EL AVENTURERO

Narración de la interesantísima película
basada en la obra del académico francés
ALFREDO CAPUS

Protagonista:

JEAN ANGELO

Pathe Cinema Consortium.—Editor.

EXCLUSIVA DE:

JULIO CÉSAR, S. A.

Aragón, 316 — Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
HELLA MOJA

EL AVENTURERO

Argumento de la película de dicho título

El cortijo de Esteban Ranson, colono francés en el continente africano, se vió furiosamente atacado por una tribu rebelde.

Los europeos se defendieron como héroes, participando en la lucha, hombres viejos y mujeres; además de los indígenas empleados en el rancho.

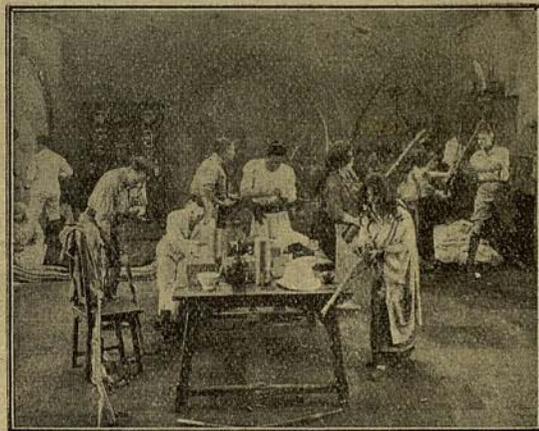
Esteban, vigoroso y decidido, dirigía la batalla, y si bien hubo en su bando algunos heridos, al fin la victoria premió a los valientes, huyendo vergonzosamente, con numerosas bajas, los atacadores.

Renacida la calma exterior, Esteban dejó una guardia en la azotea de la casa, y pidió urgentemente la ayuda del médico de la guarnición de las tropas coloniales francesas, para atender a los heridos, que gemían entre los que, rendidos por la emoción del tiroteo, dormían profundamente.

Aquel espectáculo, ciertamente doloroso, entristeció a Esteban, y, después de dedicar palabras de consuelo a los que las necesitaban,

dió cuenta, en su diario, de lo ocurrido aquella jornada.

Las correrías y robos de que me quejaba continuamente continuaron, hasta que el hallazgo de un puñal perteneciente a los Beni-Snoussi me reveló sus autores, y fuí a quejarme a su jefe, el cual me insultó...



Los europeos se defendieron como héroes, participando en la lucha, hombres y mujeres, además de los indígenas...

Para vengarse, los hombres del aduar han atacado mi cortijo. El combate ha durado todo el día. He defendido a mi gente como a mí mismo, como era mi deber.

En tanto, el jefe de los rebeldes, indignado por la derrota sufrida, daba entrada en su espíritu a una idea perversa contra Esteban: —Ya verá ese hombre cuán cara pagará su osadía; cuarenta jinetes irán esta noche a quejarse de él al Alto Comisario.

Pero Ranson tenía la conciencia muy tranquila, y no temía nada.

Siempre había obrado con rectitud, y sólo a fuerza de honradez y tesón había llegado a ser propietario de riquísimos terrenos.

Todo eso en diez años, empezando sin un céntimo.

En rápida visión, Esteban evocó su vida aventurera.

Retrocedamos esa década. La muerte de su padre obligó al notario de la familia, por acoso de los numerosos acreedores, a venderlo todo, y aun hubo déficit. ¡Ni la casa de su madre pudo ser respetada!

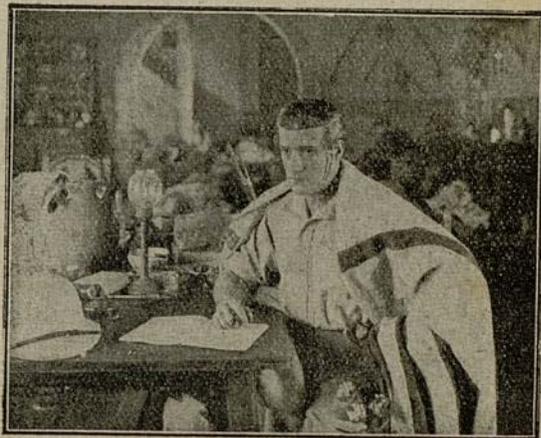
El viejo funcionario público, que conociera a todos los Ranson, sentía en el alma ser el testigo de la ruina de Esteban, y todo era darle consejos de buena resignación.

Esteban, dotado de gran voluntad, no se anilanó ante la tragedia, y decidióse a emigrar a América, la tierra del oro, sin querer aceptar la ayuda que le ofrecía el notario, aunque agradeciéndosela sobremanera, verdaderamente conmovido por prueba tan grande de amistad.

Por sí lo sentado fuese poco, un campesino

se presentó a Esteban, y le reclamó el pago de un préstamo hecho por él a otro campesino en su nombre.

—Su firma, señor Ranson, responde del pago de los 5.000 francos que presté a mi convecino Roulit, y como éste no puede cumplir su compromiso, confío, pues necesito esa suma,



En rápida visión, Esteban evocó su vida aventurera.

que usted me la abonará.

Esteban, para hacer honor a su firma, prometió arreglar ese asunto, y pensó en su tío Gueroy.

Nada pudo conseguir de su pariente, que le trató, además, duramente.

—¡Te atreves a pedirme dinero!... ¿Y los treinta mil francos que he pagado por ti?— le objetó.

—Son las deudas de mi padre, su cuñado, ¡no las mías!



Esteban, dotado de gran voluntad, no se amilanó ante la tragedia...

—¡Es lo mismo! ¡Qué descaro! ¡Qué poca consideración! ¡Vete de mi presencia!

Sin dinero y sin ayuda, Esteban regresó a su casa, que pronto pasaría a poder de los acreedores de su padre, y recogió de los ca-

jones de su mesa-despacho los billetes de banco que le quedaban. Total, 600 francos. ¡Una miseria! Sin embargo, al despedirse de su vieja criada, obligóla a aceptar la mitad.

La buena mujer, que quería a Esteban como a un hijo, pues le vió nacer, lloró amargamente al verle marchar de la mansión de sus mayores, para siempre.

Entonces empezó la vida aventurera del hijo de familia arruinado.

Contratado como fogonero, hizo el viaje hasta la dorada América.

A su llegada a la tierra prometida, buscó afanosamente el oro, como tantos otros, y, como tantos otros, sólo había encontrado la miseria y el hambre.

De allí pasó Esteban a la bella y misteriosa Africa, repleta de recuerdos y promesas...

Un día, la fortuna le abrió de par en par sus puertas, y, algún tiempo después, el oro que él halló se transformó en minas de oro con la compra de terrenos y ganados, hasta convertirlo en millonario.

Todo eso lo recordaba Esteban, satisfecho de poder decirle un día a su tío que sin su dinero había alcanzado la alta cima en que se deslizaba su existencia.

Así—entregado a sus remembranzas—pasó la noche para Esteban; y, al amanecer, el centinela avisó la llegada de un auto al cortijo.

¡Era el médico de la guarnición! Con él llegó un oficial francés que enteró a Esteban del

resultado de la queja formulada contra él por los árabes.

—El Alto Comisario está furioso, señor Ranson. Ha dado crédito a pies juntillas a la declaración de los rebeldes, y ha enviado una nota de protesta a Francia. Si me permite usted un consejo, trasládese en seguida a París para defenderse. El caso es grave, como usted lo debe comprender.

—Gracias, teniente. Esa gente es capaz de todo cuando se trata de vengarse. Iré a Francia, sin que ese viaje me cause ningún trastorno, pues, precisamente, tenía la intención de readquirir la casa de mi madre y permanecer algún tiempo en mi querido París. Mis deseos de ver la cuna de mi infancia los justifican mi larga ausencia.



Dos días después, Ranson partió hacia Francia.

Los Gueroy vivían en una suntuosa casa.

El tío Gueroy, creyéndose digno de descansar de sus actividades industriales, había confiado la dirección de su fábrica a su hijo Jaime, casado con Marta, una distinguida parisina, con quien vivía su hermana menor, Genoveva.

Desde que Jaime se hiciera cargo de los negocios, éstos iban, sin que se enterase su padre, de mal en peor.

Había contraído importantes deudas, y las letras del Banco eran aplazadas, cosa que jamás ocurrió cuando el tío Gueroy llevaba el timón de la industria.

La causa de las irregularidades que se observaban en la marcha del negocio de los Gueroy, era la nefasta costumbre de Jaime en jugar a la Bolsa.

Además de esos personajes, conviene conocer a Andrés Bareze, el diputado del distrito, que se había enamorado de Genoveva, a quien se acababa de declarar, prometiéndole que pediría su mano al regresar de París, a donde debía ir inmediatamente por un asunto muy importante, y del que la mansión de los Gueroy distaba algunos kilómetros.

Genoveva había accedido a ello, y Andrés no cabía de gozó en sí.

Casi al mismo tiempo que Ranson pisaba, después de diez años de alejamiento, el suelo de París, su tío Gueroy se enteraba por la Prensa del "caso" en que intervenía aquél y los árabes de marras.

Así hablaban los periódicos.

El Gobierno acusa a Esteban Ranson de haber asaltado una tribu africana amiga de Francia. ¿Quién tiene razón? Deseamos las pruebas para juzgar imparcialmente.

Inútil detallar el asombro del tío Gueroy.

El egoísta pariente del aventurero desahogó, ante dos amistades femeninas, su indignación por el escándalo que provocaba su sobriño.

De pronto, Esteban hizo su aparición en la casa de su tío, mientras Genoveva y su novio se paseaban por el jardín, en espera del momento en que el diputado debía marcharse.

El criado de los Gueroy, que diez años atrás recibiera la orden de prohibir la entrada a Esteban en la casa, recibió una gran sorpresa, y no sabía qué hacer.

Interesa saber que Esteban, para despistar, no se vistió de ceremonia, sino pobremente, como correspondía a un aventurero.

Ante la vacilación del criado, Esteban impulsó su voluntad de "pirata", introduciéndose en la casa, hasta llegar frente a su tío.

—¡Oh!... ¿Eres tú?... ¡Cómo te atreves! ¡Después de lo que has hecho!

—¿Qué es lo que yo he hecho, tío?

—¡Si todo el mundo lo sabe ya! ¡Si los periódicos no hablan de otra cosa!

—¡Ah, sí! El escándalo... He venido precisamente para justificarme... y por otra cosa...

—¿Pretendes pedirme dinero?

—No.

—¡Qué cabeza la tuya, muchacho! En cuanto se enteren de tu regreso los acreedores, quedarás lucido.

—No hay cuidado... Les he pagado a todos.

—¿Qué dices, iluso?

—La verdad, tío... Además, le debo a usted 30.000 francos...

—En efecto.

—...los cuales, con los intereses durante diez años, alcanzan hoy la cifra de 40.500 francos... y que aquí están.

—Pero...

—Cuenta usted... Creo que se mostrará usted conforme con mi cálculo.

—¡Me asombra, Esteban!... ¿Entonces eres muy rico?

—Lo bastante para no tener deudas y darme una buena vida.

—¿Cómo vistes, pues, de esa manera?

—Me puse estos vestidos adrede... Este atavío ajado fué sólo un ardid para apreciar su ternura conmigo...

—Bien sabes, Esteban, que yo no he dejado de tenerte aprecio... A veces la dureza es necesaria, para que los jóvenes aprendan a vivir.

—Sí, ya sé...

El brillo del oro de Esteban hizo olvidar al tío Gueroy que en otro tiempo se le portó muy mal, y con no poca vanidad lo presentó a sus amistades, en su casa reunidas, como millonario.

Como por encanto, todos los rostros se volvieron hacia el adinerado, sin reparar en su indumentaria, sino en su fortuna.

Y fué invitado a comer, dispensándosele el honor de sentarle a la mesa de la familia con el Prefecto.

Esteban aceptó esa interesada distinción, para darse el gusto de ser admirado por su tío demostrándole que era cien veces más rico que él, pero se marchó de la casa hasta la hora de comer, pues tenía otras visitas que hacer aquella misma mañana.

En el jardín de los Gueroy, Esteban se cruzó con Genoveva, a quien no reconoció al primer momento, sino después de recordarle ella quién era.

—¡Primo Esteban! ¡Qué sorpresa! ¿No reconoce usted a la pequeña Genoveva?

—¡Quién iba a suponer, mi querida Genoveva, que era usted aquella niña que yo dejé con sus muñecas!

—¿Me encuentra muy cambiada?

—Es usted ya una mujer... y por cierto muy linda...

—Muchas gracias. Usted no ha cambiado mucho...

—Es favor, querida prima.

—¿Se quedará en París?

—Es posible. Por lo menos durante algún tiempo. Luego hablaremos extensamente. He tenido una gran alegría de volver a verla, Genovevita, y no sabe cuánto me ha agradado la satisfacción que mi encuentro, verdaderamente inesperado, le ha producido.

—Hasta luego, pues, primo...

—Hasta pronto, hermosa prima.

Esteban salió de la casa, con prisa para encontrar la humilde amiga de los malos tiem-

pos, la fiel criada Anita, no tardando en ver complacido su afán, en tanto que su tío Gueroy no se cansaba de elogiarle, doblándole incluso la fortuna que traía de los calurosos climas.

La bondadosa mujer sufrió casi un síncope al presentársele Esteban.



—¡Qué es esto, Dios mío! ¿Es usted, señorito? ¡Cuántas veces he preguntado a la Virgen por usted!

—¿Se puede?

—¡Qué es esto, Dios mío! ¿Es usted, señorito? ¡Cuántas veces he preguntado a la Virgen por usted!

Los sollozos no la dejaron seguir hablando.

Esteban, emocionado, abrió sus brazos a la amistad sincera, y los dos se estrecharon con cariño.

Como el aventurero seguía en su humilde indumentaria, Anita incurrió en el error de suponerle pobre, y de todo corazón le ofreció su pobre casita y su sano yantar.

A lo cual, Esteban, en el paroxismo de la dicha, replicó:

—¡Guarda tu sopa, admirable viejecita mía! Soy rico y almuerzo con el Prefecto. ¿Quieres volver a vivir en la casa de mi madre, que acabo de comprar de nuevo?

—¿Es esto real, señorito?

—El retrato de mi madre fué mi amuleto... un amuleto de oro a granel.

—No hay en el mundo, para esta pobre vieja, mayor felicidad que la de morir entre aquellas sagradas paredes que le vieron a usted nacer.

—Pues ve allí cuando quieras. Todo está intacto.

*
*
*

Momentos después, en la mansión de los Gueroy, una suculenta comida reunía al Prefecto de la Provincia y al aventurero.

De sobremesa, esa primera autoridad del lugar obtuvo de Esteban que le refiriese lo ocurrido en su cortijo.

—Pero, ¿cómo ha podido producirse ese conflicto entre usted y esa tribu?

—Muy sencillito, señor Prefecto... Desde algún tiempo, venía comprobando una serie de robos en mi propiedad.

“Un día, uno de mis empleados encontró en un pajar un cuchillo, que dijo pertenecer a un Beni-Snoussi.

”Voy al aduar—dije.

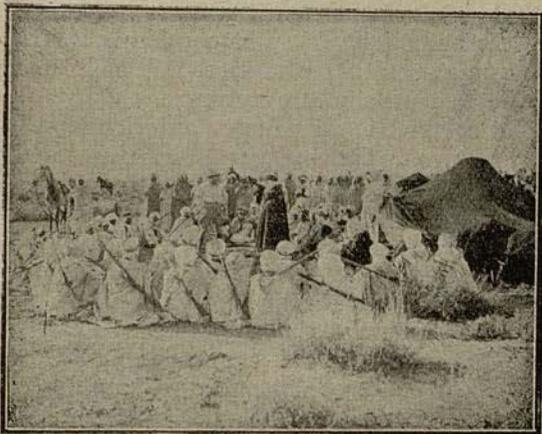
”Poco después, en presencia de los jefes, hice mi justa protesta.

”¿Quién eres tú para venir aquí y acusarnos? ¡Un aventurero; un ladrón que nos quita nuestros territorios!...—me respondió el moro principal.

”Vi que iban a apresarme, y a tiempo les

encañoné mi revólver, obligándoles a devolverme mi caballo.

"Cuando, a galope, regresaba al cortijo, los moros dispararon sobre mí, y como yo contestara a su agresión, me persiguieron enconadamente, dando por resultado la tremenda lucha que mis hombres y yo hubimos de soste-



"Poco después, en presencia de los jefes, hice mi justa protesta..."

ner con la tribu, y de la que salimos vencedores.

"Obré como me ordenaba la situación. Mi conciencia está muy tranquila".

Genoveva, que siguió con especial interés el

relato de Esteban, emitió su opinión favorable a él.

—Está muy bien, primo.

En cambio, los demás, analizaban el asunto más profundamente, y, sobre todo los hombres, consideraban que la matanza de varios árabes por la gente de Esteban, ponía en difícil terreno al Gobierno...

Jaime Gueroy, que, de buen principio, miró con indiferencia a su primo, procuró hacérsele simpático así que se enteró de que era riquísimo.

A todo esto, dos hombres, agentes a las órdenes del Prefecto, llegaron a la casa, ocultándose de todos en el vestíbulo.

El Prefecto se llevó a Esteban a esa parte de la mansión, y antes de presentarlo a aquellos, le habló, con la mayor consideración, como sigue:

—He recibido órdenes terminantes. Hay dos agentes allí que vienen por usted. Tengo la obligación de obrar y vale más evitar el escándalo. No tiene usted nada que temer, puesto que ha venido usted a Francia para recusar la queja del jefe de la tribu de los Beni-Snousi. Ya explicaré yo a su familia y amigos su partida.

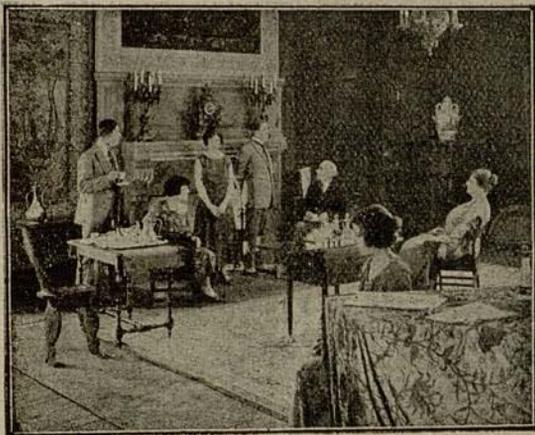
Esteban no presentó la menor violencia a acatar la orden del Prefecto, y se dirigió a París con los dos citados agentes.

Por su parte, el Prefecto informaba a los

Gueroy y amistades del motivo de la repentina ausencia de Esteban.

—Me he visto obligado a detener al señor Ranson. Cumpló las órdenes que he recibido de París.

El tío Gueroy, evidenciando su falta de cariño hacia Esteban, exclamó, lejos de pensar



—*Me he visto obligado a detener al señor Ranson. Cumpló las órdenes que he recibido de París.*

en ayudarle a salir airoso de aquel mal paso:

—¡Qué deshonra para la familia!

No era esa la opinión de Genoveva...

La detención de Esteban Ranson había causado enorme sensación en los ambientes políticos.

La batalla empezó. El Gobierno sería muy combatido, y la mayoría se mostraba partidaria de Esteban Ranson.

Al regresar a su casa de París con su familia, el tío Gueroy se vió acosado por los periodistas, y, antes que declarar en favor de su sobrino, lo abrumaba con reproches a su conducta.

—Siempre dije que mi sobrino acabaría mal. ¡Qué disgusto!

La única que, salvando todas las dificultades que le puso su familia, llevó consuelo a Esteban en la cárcel, fué Genoveva, que dió alientos a sus propios alientos con fe en el triunfo de la justicia.

Y Esteban agradecía en el alma la bondad de su linda prima.

* * *

Simultáneamente, en la casa de los Gueroy entraron dos noticias: una buena, la otra alarmante.

El cajero de la fábrica Gueroy era portador de la segunda; y la Prensa la notificadora de la primera.

—Señora, siento venir a molestarla, antes que a nadie, porque creo que usted puede enterar mejor que yo, a quien corresponde, de la gravísima situación por que atraviesa el negocio de ustedes... Tengo el deber de prevenirla. Su esposo juega a la Bolsa y ha comprometido los 150.000 francos del dote de su hermana.

—¡Dios mío! ¡Y papá que cree la fábrica en plena prosperidad!

—Por eso no me he atrevido a hablar con él de esta terrible verdad.

—¿Necesita usted fondos inmediatamente?

—A la mayor brevedad posible. Los Bancos esperan.

—Quédese usted aquí, por unos días, y yo veré de dar una solución a la gravedad del caso.

Mientras que los periódicos se complacían en comunicar la caída del Ministerio y la rehabilitación y libertad de Ranson.

Y Esteban volvió a casa de sus parientes, sin guardarles rencor por el desinterés que le habían demostrado todos ellos... excepto Geneveva.

Jaime pensó en su primo para salvarse de la ruina, y antes de que Marta pudiese hablar a solas con él—su marido—lo hizo él con su padre.

—Mi primo está rehabilitado, pero necesita una situación honorable. Puesto que queremos engrandecer la fábrica, podemos proponerle la inversión de sus capitales.

El tío Gueroy no comprendía la razón por la cual Jaime necesitaba hacer esa oferta a Esteban, y llegó el momento de consultar a éste, espiándoles Marta.

Ante la insistencia de Jaime y la sospechosa indiferencia de su tío Gueroy, Esteban no pudo menos de echarse a reír y comentar ambas cosas a su manera.

—A fe mía... parecen ustedes desempeñar una comedia. ¿Es usted quien pretende engañarme tío, o es Jaime?

—¡Qué es eso de engaño! ¡Cómo pudiste pensar tal cosa! ¡No parece sino, Jaime, que necesitamos su dinero!

—¡Eso no! Se trata solamente de ampliar el negocio.

Marta, alma noble, no pudo tolerar la men-

tira de su esposo, y descubriéndose le invitó a decir la verdad, toda la verdad, por sí, haciéndose cargo de la situación, Esteban se ofrecía, hasta en interés propio, a salvar la fábrica.

El tío Gueroy, al oír de labios de su hijo que Marta tenía razón, creyó volverse loco.

Esteban manifestó el deseo de quedarse solo con Marta, y mientras padre e hijo se las entendían, como cada cual se lo puede imaginar, el aventurero se expresó con su prima, así:

—¿Cree usted, Marta, que puedo inspirar a una joven algo más que una simple amistad?

—Sin duda, primo. ¿Por qué me hace usted tal pregunta?

—Porque amo a Genoveva... ¿Cree usted que consentiría en ser mi esposa?

—Sinceramente lo celebraría.

—Pues bien: si puedo conservar alguna esperanza... mi fuerza y mi fortuna son para ustedes.

Por la noche, algunas horas después de la entrevista de Marta y él, Esteban tembló de dicha al ver acercarse a sí a Genoveva. ¿Le habría dicho algo su hermana?

No, no le había insinuado nada aún.

Pero lo desagradable fué que Genoveva hizo algo que con cierta razón pudo tomar Esteban por intencionado.

—Primo, usted que es mi amigo de confian-

za, va a saber lo que todo el mundo ignora... Tengo el honor de presentarle al señor Andrés Bareze, mi prometido, que pedirá esta noche mi mano a mi familia.

Esteban ocultó su dolor y despecho, y después de enterar a Marta de lo sucedido, dándole a entender que era admisible dudar de que dijera verdad afirmando que ignoraba las relaciones de su hermana con el diputado, se marchó, para siempre, dijo, renunciando a ayudarles.

Jaime, al poco, al corriente de todo por su esposa, se consideró perdido sin el valioso concurso de su primo, y se encerró en su gabinete de trabajo, con la intención de quitarse la vida.

Marta y Genoveva leyeron una carta de adiós al mundo, que Jaime dejó encima de su mesa-despacho, durante una ausencia suya, cuando su padre le llamó a su lado, y con el consiguiente espanto buscaron el medio de evitar la tragedia.

Genoveva pensó en Esteban, y sin recelo alguno, ignorándolo siempre todo, le mandó una nota manuserita, rogándole se personara en la casa urgentemente.

Las dos hermanas le recibieron, puestas en él todas sus esperanzas.

Puesto en conocimiento del proyecto de Jaime, Esteban se negó a hacer nada.

—¿Por qué me hacéis Juez de la vida de Jaime? ¿Qué me importa a mí? Usted no ha

comprendido, Genoveva, que yo la amaba. Reconstruir su fortuna y que se case usted con otro... ¡Jamás!

—¿Qué dice usted, Esteban? ¿Usted...?

—Puesto que me rechazan... seguiré siendo un aventurero. ¡Adiós!

Pero en aquel momento, Jaime se disponía a regresar a su gabinete de trabajo, y Marta se opuso a que avanzara.

—¡Déjame, Marta! Tengo unos papeles que poner en regla.

—¡No! ¡No te dejaré solo!

—¿Qué significa esto, Marta?

—Quieres suicidarte. ¡He leído tu carta!

—¿Eh? ¿Quién se ha atrevido!... ¡Suelta! ¡Te digo que me sueltes!

—¡Piedad, piedad! ¡Yo no quiero que tú hagas eso! ¡Tú eres mi marido! ¡Yo te quiero!

—¡Déjame! ¡Esto no tiene remedio! Suelta o...

Esteban intervino rápidamente. Su innata bondad había vencido su rencor.

—¡Déjala en paz!—dijo a Jaime, separándole de su esposa, que quedó abrazada al aventurero—. Voy a salvaros a todos, pero no me des las gracias, Jaime. No lo hago por ti, sino por la felicidad de esta mujer que llora porque te ama.

Genoveva clavó sus bellos ojos en los de Esteban, y le vió tal como era: el más fuerte... el más leal... el más noble... el que defiende a los débiles y a los venecidos.

*
**

Sin perder momento, decidido a sacar a flote la fábrica hundida bajo el peso de sus deudas, Esteban se instaló en el sillón directorial.



—...Voy a salvaros a todos, pero no me des las gracias, Jaime. No lo hago por ti...

Pronto el color gris tornóse rosa, y en poco tiempo la fábrica, en las recias manos de Esteban, era otra.

Las consideraciones iban del brazo de la disciplina, y lo mismo despedía Esteban a un

obrero que se lo mereciese, que tenía en cuenta los méritos del más modesto empleado.

Un día, un operario despedido por haber maltratado, sin razón, a un aprendiz, celebró un conciliábulo con unos compinches de mal vivir, y le mandaron a casa de su madre, donde él vivía, el siguiente anónimo:



Pronto el color gris tornóse rosa, y en poco tiempo la fábrica, en las recias manos de Esteban, era otra.

Se le espera esta noche, calle del Rincón, número 52. Si es usted un hombre sin miedo, irá solo.

Mientras ese reto se recibía en su domicilio,

Esteban se hallaba en casa de sus parientes, por un asunto muy importante.

—He sabido que los 150.000 francos del dote de Genoveva habían sido adelantados para salvar la fábrica en el momento crítico, y como quiero reembolsar a todos los acreedores, mañana se lo devolveré.

Genoveva rompió a llorar, ofendida por la semejanza que Esteban establecía entre ella y los demás acreedores, y a la censura de Marta por tratar de ese modo a su hermana, el aventurero, sin inmutarse, delante de todos, replicó que no creía que Genoveva le hubiese autorizado para tratarla de otro modo.

Pero la vida tiene también sus caprichos, y uno de ellos podía reconciliar a los dos primos.

No podía suceder nada mejor que lo que sucedió: el diputado Bareze, para quien el amor sin números no era interesante, supo, a pesar de los esfuerzos que, desde su intervención en el negocio, hizo Esteban, la crisis que atravesaban los Gueroy, y creyó oportuno renunciar a la mano de Genoveva, pretextando incompatibilidad de caracteres.

El tío Gueroy no sabía cómo dar la noticia a Genoveva, pensando en el disgusto que le acarrearía... mas grande fué su asombro cuando vió a la "víctima" echarse al cuello de su hermana gritando que era libre.

—¿Queréis explicarme qué significa esa alegría vuestra?—preguntóles.

—Es usted poco perspicaz, papá—respondió Marta, dirigiendo su pensamiento a Esteban.

Este, en su casa, al corriente del anónimo resolvía acudir a la cita.

La vieja Anita, enterada, con terror, del peligro que corría su señorito, mandó recado a los Gueroy, con quienes cenaba, para que, obrando con discreción, no le dejaran marchar solo; pero todo fué inútil: Esteban dió prueba de su valor.

Salieron detrás de él Jaime y el tío Gueroy, perdiéndole torpemente de vista al poco rato.

El lugar de la cita era una casa de repugnante aspecto, en cuyo interior cuatro hombres se liaron a puñetazos con él, por negarse Esteban a firmar un cheque a cambio de su vida.

Jugando destreza y habilidad, Esteban tuvo a raya a sus contrineantes, saliendo de la casa con ligeras heridas.

De regreso en su domicilio, Esteban sorprendióse vivamente al encontrar en él a Genoveva, quien, turbadísima, después de cerciorarse de que no le habían hecho daño, huyó sin dar ninguna explicación...

Negar que la visita de su linda prima dejó frío a Esteban, sería negar lo real. Es más, no pudo conciliar el sueño...

Al día siguiente, los Gueroy y las dos hermanas se personaron en el despacho de Esteban, para inquirir noticias suyas.

Aprovechando la ocasión, y conforme se lo

prometiera la víspera, Esteban anunció a Genoveva que le iba a devolver su crédito.

La linda prima, que había ido allí ilusionada, dispuesta a dar indicios de lo que sentía su corazón... fué presa de tristeza ante la nueva desconsideración de Esteban.

Entonces Marta, considerando sonada la



De regreso en su domicilio, Esteban sorprendióse vivamente al encontrar en él a Genoveva...

hora de sincerarse con Amor, rogó a sus parientes que la dejaran sola con Esteban, y,

cuando lo estuvieron, fué tan clara como la cónica.

—¿Por qué mortifica usted tanto a Geneveva?

—¿Yo? Es rica, está prometida. ¿Qué le falta para ser dichosa?

—Ya no está prometida, y... le ama a us-



La linda prima, que había ido allí ilusionada, fué presa de tristeza...

ted.

—¿A mí? ¿Se ríe usted, Marta?

—Ella misma se lo dirá. Se andan ustedes buscando desde hace mucho tiempo, y esto

pide un arreglo inmediato. Voy a buscar a mi hermana. ¿No se opone usted?

—¡Oponerme, Marta, cuando usted sabe que Geneveva es mi ilusión!

Geneveva no se hizo esperar por Esteban, que la recibió con toda la fuerza de su primer amor.

Los egoístas Gueroy, padre e hijo, respiraron tranquilamente.

La boda de Geneveva y Esteban era el bienestar común.

Pero los enamorados no se quedarían en Francia. La vida de aventuras seducía a Esteban, y con el amor de su linda esposa por escudo, se sentía capaz de las mayores empresas.

Y, seis meses después del matrimonio, cuando la fábrica estaba en plena prosperidad, Esteban se llevó a su joven esposa hacia la vida libre y sin trabas, allá en sus haciendas en tierras africanas... para gozar juntos de su imperecedera ventura.

FIN

Prohibida la reproducción

Este número ha sido sometido a la censura gubernativa.

¿YA HA COMPRADO USTED

el 13.º libro de la
BIBLIOTECA

Los Grandes Films

de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA?

Su título es

¡PARIS...!

Precioso drama de gran espectáculo que presenta, a través de un bellissimo asunto sentimental, la vida de París en todos sus aspectos.

INTERÉS - EMOCIÓN - VERISMO

128 páginas — Profusión de fotografías.

Precio popular: UNA PESETA